

# CARAS Y CARETAS





ALFREDO VARZI



JOSÉ PAGES ORTIZ



VÍCTOR PÉREZ PETIT



ADOLFO P. PIÑEIRO



CÁRLOS LENGUA



CÁRLOS SEIJO



ORDSMAN MORATORIO



DIÓGENES HÉQUET



MANUEL CORREA



AURELIO GIMÉNEZ

DICIEMBRE

## 31

1894-CARAS Y CARETAS  
 IMPRIME UN NÚMERO ESPECIAL PARA SUS SUSCRITORES.  
 LUNES

**AÑO I**  
**1894**  
**Diciembre 30 de 1893**  
**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**  
**MONTEVIDEO Y EXTRANJEROS**  
 Un mes \$ 1,00  
 Seis meses \$ 5,00  
 Un año \$ 9,00  
**EXTERIOR**  
 Los mismos precios en moneda equiva.  
 Jante con el sumero del franqueo  
 Depósito en el Banco de Montevideo  
 DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS  
 Y PAPETERÍAS DE MONTEVIDEO  
 Oficina Proprietaria: CALLE URUGUAY, 301  
 MONTEVIDEO.

Los más asiduos colaboradores de CARAS Y CARETAS, desean á sus lectores un felicísimo año nuevo.

## SUMARIO

TEXTO—«Diálogo», por Arturo A. Giménez—«La Liga», por Víctor Pérez Petit—«Flores de Album», por Manuel Bernárdex—«Noche de bodas», por D. Arona—«Monólogo de un corto de vista», por Alfredo Varzi—«Nubes», por Miriam—«Consiguí su gusto», por Washington P. Bermúdez—«El coral de los labios», por Emeo—«Una historia (con comentarios)», por Orosmán Moratorio—«Acuarela», por Santiago Maciel—«Prudencia», por Pif-paf—«Año nuevo», por Arturo A. Giménez—«Pecado mortal», por Archos—«Para ellas», por Alina Doré—«El alfeñiquero», por C. Lenguas—«Razón de peso», por Fi-Fi.

GRABADOS—«Nuestros colaboradores», por Aurelio Giménez—«Gastador», dibujo de M. Correa—«Paisaje», por J. Pagés Ortis—«Retrato de señorita», por F. Benom—«Procesión cívica», por «Wimplaine»—«Cabeza de estudio», por Carlos Soljo—«Playa de Ramírez», por F. Benom—«Marina», dibujo de Daniel de Solier—«Mar gruesa», dibujo de Aurelio Giménez—«El Miguelote», por Nemo—«Treinta flores», fotograbado de Fillat—Dibujo de Aurelio Giménez.



—Tan tan!  
—¿Quién llama? ¿Quién es?  
—Un amigo. Pero abre, hombre!...  
—Dime primero tu nombre  
—Ya te lo diré despues.  
—Ahora, te toca á tí el turno en mi lista, y aquí estoy. Abre pues  
—A abrirte voy.  
entra ¿quien eres?  
—Saturno.  
—¡Oh viejo Tiempo!  
—Por fin!  
¡Demonio! Sabes guardarte!  
—¿Qué cuentas?  
—Vengo á invitarte; que hoy bautizo al chiquitín.  
—¿Otro ya?!!  
—El noventa y cinco y á broma tu estupor tomo; no era la noticia como para hacerte dar tal brinco!  
—¡Pues no es nada! Un año más!!  
—¡La de todos! ¡La de todos!  
—Pero...  
—En fin, de todos modos lo que es tú, me atenderás  
—Sin duda, te atenderé; mas, ¿por qué tan luego á mí vienes cuando hay por ahí tantos más...  
—Te lo diré.  
Llamé en casa de la hermosa  
—«¿Quien es?» de muy mala gana preguntó:—«El Tiempo»  
«¡Otra cana! ¡vete, figura horrorosa!» forzoso fué salir. Era la órden muy terminante, y en casa del comerciante llamé luego. ¡No lo hiciera!  
—«¡Llegó ya con su cortejo de pagarés, vencimientos

y quiebras y sufrimientos... ¡afuera, afuera ese viejo!» Tal me gritaron. Huí siempre á mi paciencia fiel, y mohino á casa del gobernante á llamar fuí.  
—«¿Quien llama?»  
—Yo.  
—«¿Ya?»  
—Pues cuándo.

habia de ser?  
—«Razon tienes Pero muy temprano vienes. ¡Un año menos de mando!»  
—Mi presencia te contrista? se te gasta la Excelencia?  
—«¡Se me acaba la paciencia! eso es; ¡fuera de mi vista!» En fin, á quien me acerqué con disgusto me trató y con tales modos, que por no oír siempre «no y no». —Renunciaste á...

—Renuncié.  
Mas tú, como periodista á ver no puedes negarte lo que ahora voy á mostrarte.  
—¿Y qué es ello?  
—Una revista.  
—No me niego, no, en verdad.  
—Pues atiende bien, y así podrás luego decir si le has hallado novedad.  
Escucha:

—«Me quieres?» —«Más que á mi vida» —«¿Mucho?» —«Mucho» —«¡Ay! Yo con la duda lucho... ¿No me olvidarás?» —«¡Jamás! Te querré hasta que me muera y nada me hará ¡lvidarte aún cuando de tí me aparte. No hay quien como yo te quiera!»

—¿Y eso?  
—Son enamorados que júrnanse amor eterno.  
—¿Y?  
—¡Ay! Él no llegó á ser yerno; al mes estaban peleados.  
—Pronto fué.

—Sí, pero escucha: no percibes un clamor lejano?  
—Sí.

—Es el deudor que con el acreedor lucha.  
—«Sí, hombre, sí; le pagaré! pero hoy no tengo dinero; pasado mañana espero... En fin, yo le avisaré.»  
—«¡El casero! ¡Dios bendito!»  
—«¡El sastrel!» «¡Llévele el diablo!»  
—«¡El tendero!» «¡Yo no le hablo!»  
—«¡Pesado es ese maldito!»  
—«No está en casa» —«A fin de mes»  
—«Váyase usted al infierno»  
—«Cuando me pague el gobierno»  
—«¡Grave es tener un inglés!»

—Nadie paga, buen Saturno  
—Es moda—Moda curiosa!  
—Si hombre; el no pagar es cosa de gente de alto coturno.  
—Escucha á este.—«Pueblo amado: Haré feliz la nacion  
¡Trabajo, administracion! he aquí el lema que he adoptado A él fiel me conservaré y gobernaré con él seré siempre á la ley fiel...»  
—Ese miente

—Ya lo sé  
Es el nuevo gobernante que comienza la jornada. Prometer no cuesta nada y promete el muy tunante. Mas á los seis meses, vé lo que de él la prensa piensa; ha hecho un balance la prensa y he aquí lo que arroja  
—Lee

«Inepcia, debilidad, conciencia poco exigente; ni una cualidad saliente que le preste autoridad. Elecciones vergonzosas su gobierno ha protegido; Y por fin, ha conseguido ser hasta compadecido.»  
—¡Ya le dice pocas cosas! Y este es el que prometía...  
—Eh... siempre del dicho al hecho media muchísimo trecho; eso se vé día á día.

Y no hay ya quien no lo crea muy lógico y natural; sabe cualquier colegial que el que sube... se marea. *Ma guarda e passa*; aquí vienes dos amantes de la musa como su facha lo acusa...  
—¡Y qué mala facha tienen!  
—No importa.

—Oye bien:  
«Señor: el celador de la esquina ante usted se inclina y lo saluda el celador que guarda su puerta cuando se queda abierta á toda hora, é incesante como el gallo, animal vigilante cuando se queda abierta.»  
—¡Dios santo, qué bárbaro es!  
—Algo bruto es el chiquillo, pero solo, el pobrecillo aprendió á hacerlos, ¡ya ves! Hé ahí el otro.  
—¡Otro! ¡Yo huyol  
—Le has de oír, aunque te encocores, así luego á tus lectores podrás mostrar algo suyo. «El cartero que le sirve y lleva correspondencia aún cuando la inclemencia del tiempo parece que hirve con tanto calor el cuero, le desea este cartero un feliz año nuevo.»  
—¡Y estos?  
—Son el celador y el cartero que te avisan que el aguinaldo precisan  
—¡Y yo preciso valor para escuchar esos giros poéticos que al más...  
—¡Pobres!

cualquier día en vez de cobres les dá alguno cuatro tiros.  
—Pero, ¿y esa gritería?  
—¿La oyes ya?  
—¡Si me ensordece!  
—La gente, según parece saluda alegre al gran día  
Escucha: —«¡Felicidades!»  
«¡Muchos años!» «¡Larga vida!»  
«¡Felicito á Vd!» «¡Querida: que haya muchas novedades!...»  
«¡Que de mil dichas sea heraldo del nuevo año el día primero!»  
«¡El aguinaldo!» «Eso quiero»  
«¡Aguinaldo!» «¡El Aguinaldo!»  
—¡Este sí, es grito del alma!  
—Saturno, estás hoy muy pillo  
Es el grito del bolsillo el que se lleva la palma  
¿Qué te pareció?

—Pues hombre en tu revista, en verdad no he encontrado novedad ni detalle que me asombre Siempre lo mismo...  
—Pues ¡claro! Eso he querido mostrarte y ahora acabo de probarte que aquí ya no hay nada raro ¿Siempre lo mismo? Así el cielo del hombre la desconfianza atenuó con la esperanza, el presente de consuelo Y vive el hombre esperando y de esperar nunca cesa y cada año una promesa de dicha le ofrece...  
—¿Cuando

de filosofar acabas?  
—Es que la filosofia la hicieron para este día  
¡Pues qué! ¿Tú nada esperabas?  
—Sí; algo, algo. Que me des para mis buenos lectores en el nuevo año, mil flores y ni una espina.

—¿Sí? Pues tomarlas puedes; te doy cuantas se puedan desear y ya se las puedes dar.  
—Gracias; á dárselas voy. Lectores; lo habeis oído; cuantas dichas desear podais, de solicitar acabo, y las he obtenido; Y pues que á mi me las dan, vuestras son. ¡A la una! pues, á las dos ¡jojo! ¡á las tres! Recibidlas ¡allá van!

ARTURO A. GIMENEZ.



Bastador, cuadro de M. Correa, dibujo del mismo

## La liga

Fué una carcajada espontánea, unánime, que corrió brillante entre las volutas de humo de los cigarros. Teodoro, muy grave, casi ofendido, contempló un instante á sus oyentes.

—Pero, ¿hablas serio?—le preguntó Roberto.

Y otra vez la misma carcajada á coro brotó de todos aquellos jóvenes elegantes que charlaban alegremente en el amplio y lujoso salon del Club.

Era una noche de verano. Los últimos jugadores de carambola y bacarat, corridos por el calor, habíanse venido al salon de lectura y allí fumando esquisitos habanos, dejaban rodar el tiempo para no desmerecer su hermosa fama de trasnochadores.

Junto á la puerta que dá al balcon, los amigos de Teodoro se habían reunido, escuchando la historietta

amorosa que éste les refería. Alegres chistes, festivas observaciones; *calembourg* del más exquisito buen humor, cortaban la frase del narrador, bajo la luz centellante de los mecheros y entre los cómodos divanes y espesos *portiers* de la sala. Teodoro había optado por reir tambien, aunque sostenía siempre lo que acabara de afirmar.

—¿De modo, seductor Teodoro, que has conquistado una mujer virtuosa?

—Ríanse ustedes; burlense todo lo que gusten; pero esa es la verdad...

—¿Que cuente como fué eso!...

—¡La historia! La historia inmediatamente!

—¡Que hable!

—Silencio, señores! Teodoro debe darnos una explicacion inmediata!...

—Veamos; ya somos todos oídos.

Y no hubo remedio. Eneendió el elegante joven un cigarrillo y empezó así su narracion.

—Hacia ya largo tiempo que yo la asediaba, persiguiéndola á todas partes, rodeándola de galansterias, rindiéndole el culto de admiración acendrada miración. La había conocido un domingo hermosísimo de Sol, saliendo de un templo. ¡Que hermosa mujer! Alta, elegante: de formas esculturales, de facciones divinas admirablemente sombreadas por una espesísima onda de renegridos cabellos. En una de esas hadas encantadoras de que nos hablan los poetas y á quien no se pueden ver sin amar, con delirio, con frenesí...

—Suprima comentarios!

—Está prohibido el lirismo!...

—No entendemos eso! ¡Que hable en castellano!

—Basta de romanticismo!...

—Bien, bien; no volveré á pecar—replicó Teodoro, tratando de contener aquella avalancha de reproches. Despues, con mucha calma, prosiguió:—Pues, como decía, durante mucho tiempo, luché en vano antes de lograr una sola mirada de aquella niña encantadora. Su modestia, su pureza, su alma angelical temian corresponder al cariño que yo le ofrecía; y en esos imborrables instantes en que sentados ambos en un confidente de un salon de baile, le juraba una vez más mi idolatría hácia ella, mi niña adorada sentía estremecerse blandamente el pecho y una divina aurora de su sangre alboreaba en el cielo de sus mejillas...

—Le vamos á dar á usted cuatro tiros si vuelve á enjaretarnos otra metáfora.

Teodoro prosiguió:

—Tanta constancia, tan acendrada pasion, despertaron por fin el adormido corazon de mi encantadora virgen y una pálida noche de luna—¡que hermosísima noche, Dios mío!...

—¡Cuidado, Teodoro!

—Bueno, era hermosísima, ya lo sabemos!

—Suprima los detalles!...

—Pero, señores, si me interrumpen á cada paso, no podré concluir... Decía que una noche, en fin, mi niña querida otorgóme...

—¿Qué?

—Que lo diga pronto!

—No nos tenga usted en esta dolorosa expectativa!

—...nada de malo, ya les he dicho que mi amante es honrada...

—¡Que horrible palabra!

—¡Imposible!

—Mujeres honradas en este fin de siglo!...

—Basta de chanzas, Teodoro!...

—Sí, señores, y lo repito: es una mujer virtuosa! Ya han transcurrido dos años desde la fecha en que me otorgó la cita á que iba á hacer referencia y solo he conseguido de ella insignificantes pruebas de cariño... Mis más encarecidas súplicas, las demostraciones más ardientes de amor, las persecuciones de que ha sido objeto por cien adoradores, las promesas, los regalos, las lágrimas, todo, todo ha sido en vano; y ni yo ni nadie ha logrado vencer á esa mujer preciosa, llena de vida, sedienta de emociones, arrobadora...

—Por favor, Teodoro!...

—... Y despues de esta tremenda lucha, despues de tantas y tan múltiples persecuciones, despues de haber probado de mil modos á la prenda de mi amor, al cabo he podido lograr una pequeña prueba de su cariño...

—... ¿y es?

—Una liga!...

—Mentira!...

—Falso!...

—Ya verán ustedes y se convencerán... Yo, yo sólo soy el único que he conseguido ese triunfo! Hubieran ustedes visto el divino rubor que encendió su rostro al entregarme pálida y conmovida ese objeto tan deseado por mí y por cuya posesion luché denonadamente!... Temblorosa como cándida paloma, el pecho agitado por la emocion, los ojos llenos de lágrimas y la voz temblorosa, fué como mi niña adorada concedióme esa prueba irrecusable de amor, que ningun mortal ha logrado; que nadie hubiera osado pretender...

—Nos está engañando como á chinos!...

—Pruebas! Pruebas de lo que afirma...

—¡Ah! ¿Dudan ustedes?—replicó Teodoro, gozándose en su triunfo y mirando á sus oyentes con aire de infinita conmisericordia. Y con gran calma, lleno de magestad, sacó del bolsillo su carterita de piel de Rusia y la abrió. Tomó delicadamente un paquetito y le desenvolvió lentamente.

—Vean, ustedes pobres de espíritu!—exclamó, luciendo en su mano una hermosísima liga de seda roja con hebilla dorada.—He aquí la prueba!

Y ante aquel objeto precioso, todos los oyentes de Teodoro; todos sin exceptuar uno solo, exclamaron á coro:

—¡La liga de Lulú!

VICTOR PÉREZ PETIT.



*Moderato*

*MAZURKA*

*p*

*ff*

*loco*

*ff*

*p*

*f*

*p*

*f*

*p*

A musical score for a Mazurka, consisting of six systems of music. Each system has a grand staff with a treble and bass clef. The tempo is marked "Moderato". The key signature is one flat (B-flat). The score includes various dynamics: piano (p), fortissimo (ff), and forte (f). A section of the score is marked "loco", indicating a change in the rhythmic feel. The music features characteristic Mazurka rhythms, including triplets and syncopation. The score is overlaid with a faint, green-toned illustration of a plant with long, thin leaves and small flowers, possibly a grass or reed.

8

pp p

This system contains the first two staves of music. The upper staff is in treble clef and the lower in bass clef. The key signature has two flats. The music features complex chordal textures with many accidentals. Dynamic markings 'pp' and 'p' are present. A first ending bracket is visible in the upper staff.

8

1<sup>2</sup> 2<sup>2</sup>

This system contains the next two staves. It continues the complex chordal texture. A first ending bracket is present in the upper staff, with markings '1<sup>2</sup>' and '2<sup>2</sup>' indicating different endings.

This system contains two staves of music. The upper staff has a more melodic line with eighth notes, while the lower staff continues with chords. A first ending bracket is present in the upper staff.

8

ff

This system contains two staves. The music becomes more intense with a 'ff' dynamic marking. The texture remains dense with many accidentals.

8

This system contains two staves. The music continues with complex chordal textures. A first ending bracket is present in the upper staff.

8

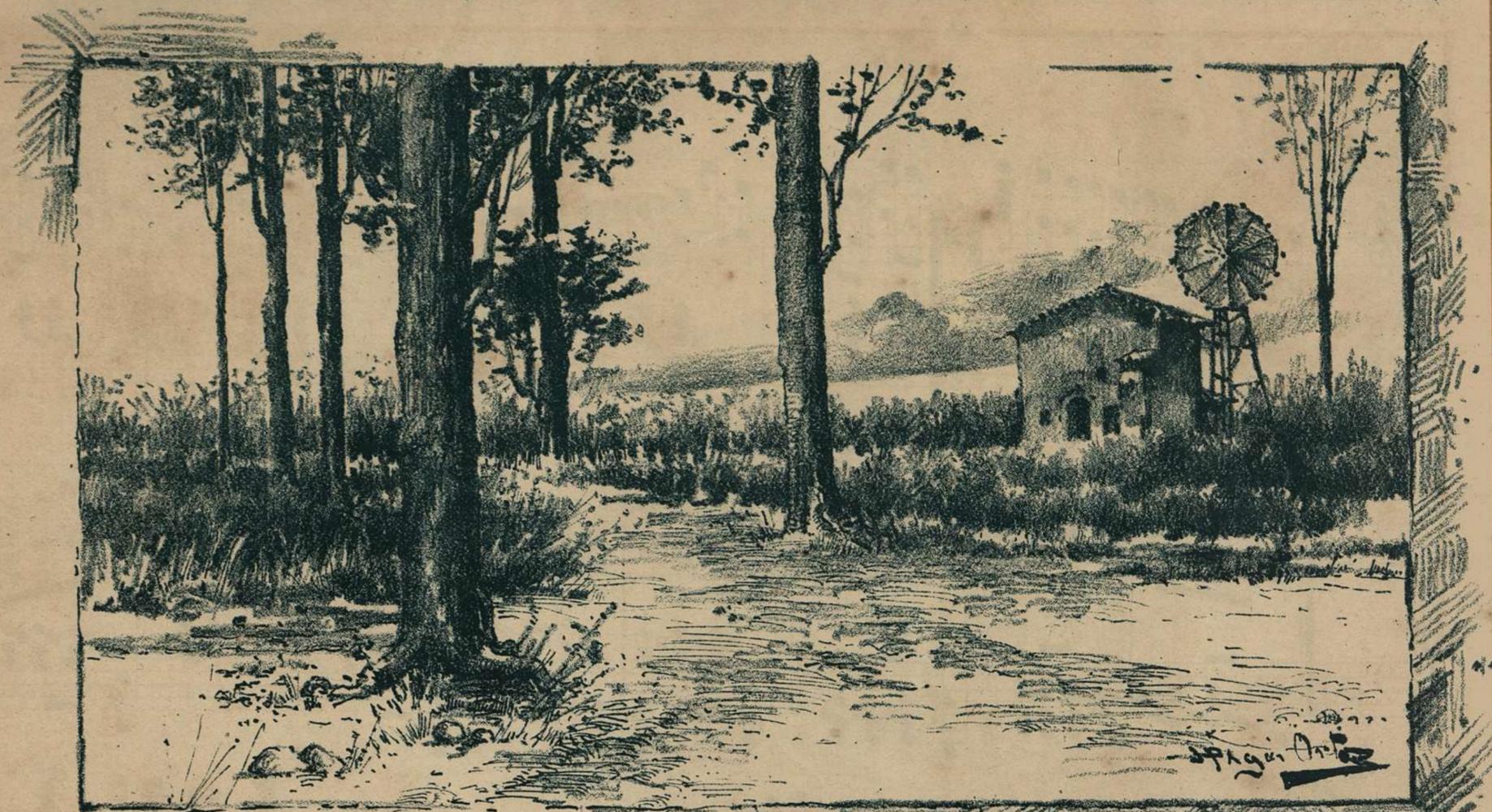
ff CODA

This system contains two staves. It features a 'ff' dynamic marking and a 'CODA' section. The music concludes with a final chordal texture.

8

ff

This system contains the final two staves of music. It concludes with a 'ff' dynamic marking and a final chordal texture.



Paisaje, por J. Pagés Ortiz

II

En estrofas galanas y discretas  
Dijeron su hermosura los poetas,  
Su tez, su voz, su boca de clavel.  
¡Cuántas pasiones no inspiró, secretas!  
Mas... siguió prefiriendo á sus violetas  
La Rosa del vergel.

III

Cultivaba esta flor una hechicera  
Que sabía inventar la Primavera,  
La gracia, el tono, el *savoir faire* social;  
Era tal la adorable jardinera  
Que difundía al paso, por doquiera,  
Un perfume floral.

IV

Pasó la Rosa su niñez, mecida  
En hamaca de sueños,—conducida  
Por un jardín inmenso,—siempre en flor.  
Hasta que una mañana entró á la vida,  
Y nacieron en su alma conmovida  
Las rosas del amor.

V

Ya no más las canciones victoriosas  
Dijeron las miradas luminosas,  
La dulce voz, la boca de carmín.  
Lo quiso Dios! Las flores amorosas  
Vencieron... Y la reina de las Rosas  
Abandonó el jardín.

VI

Era una hora sagrada! Los cantares  
De los poetas, inmensos como mares;  
Se unieron en un místico cantar,  
Cuando llegaba al pié de los altares,  
Coronada de dichas y azahares,  
La Rosa del hogar!

VII

Y yo que iba cantando mi querella,  
Dije, al verla pasar como una estrella,  
Radiante de belleza y juventud:  
«Que Dios la guarde así, feliz y bella!  
Y que florezcan siempre, en torno de ella,  
Las Rosas de virtud!»

ESTELA

(Del album de Estela...)

I

Cuando una estrella enamorada vuela  
Buscando amores por el hondo azul,  
Su marcha se revela  
Por una blanca y luminosa estela,  
Una estela radiante... como tú.

II

Yo, mirando tu albura de alabastro,  
Pienso en el astro que su luz revela,  
Y pienso que la estela no es un astro,  
Y tú eres á la vez astro y Estela.

MANUEL BERNÁRDEZ.

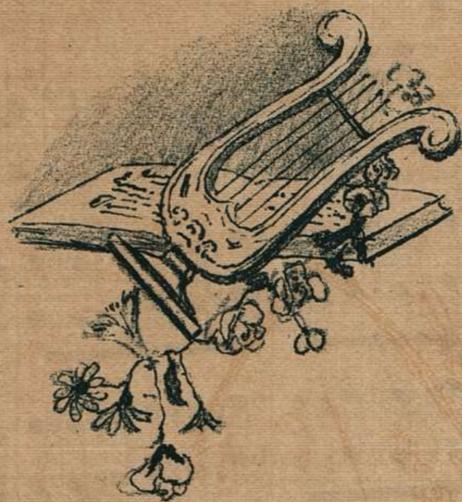
Noche de bodas

Clavado sobre un overo grande y hermoso. Justo, el empedernido cazador de venados y carpinchos se dejaba llevar al tranco por el rojo camino endurecido, que parecía una ancha herida de la tierra que hubiese echado cascarón. Era un hombre alto, flaco, de carnes secas como la madera del árbol siempre expuesto al sol y á la intemperie. Su aspecto era eternamente grave, sin variantes. Nunca asomaba un borbotón de vida á su cara de momia indígena. Sus ojos fríos, brillantes, se hubiesen creído de vidrio.

Mientras se dejaba llevar así, tan sosegadamente, su cabeza obstinada había resuelto el problema más arduo que había planteado en su vida. «Qué ocurrencia, la de mi tío—pensaba—salirme preguntando con quién me iba á casar, cuando le pedí que me saliese de padrino!... ¿Pues con quien había de ser más que con mi novia, la mujer que me tiene quien sabe cómo desde hace tanto tiempo? Y después me salió diciendo que aquella muchacha no me convenía porque había tenido sus historias... ¿Y qué me importan á mí esas historias, si ahora ella está loca conmigo, como yo estoy con ella?... ¿Que sus amores con Don Faustino los conoce todo el pago, que todo el pago sabe que tuvo un chiquilín?... ¿Y qué hay con eso?... Yo sé que Don Faustino es un hombre decente y que Fermina no es capaz de faltarme el respeto. Haré de cuenta que me caso con una viuda... y negocio concluido.»

La tarde triste caía sobre el campo abrasado, en medio de un ambiente sofocante. El sol, apretado en un cúmulo inmenso de nubes grises, se resolvía en una gran mancha de metal fluido que irradiaba un calor de horno. A lo lejos la bóveda del cielo se sacudía en un tronar sordo y continuo como si sobre su lomo galoparan cientos de legiones... Los animales de campo olfateaban con zozobra la tormenta... Justo ni siquiera miraba todo aquello. Obcecado con las cosas de su tío, absorbido en su monólogo mudo, no podían importarle las amenazas del cielo. Además, la lluvia, el viento, lo que fuera ¿qué miedo podían inspirarle á su cuerpo, vuelto impermeable á fuerza de andar al sol y de disputar su presa de cazador á la fría y rápida corriente?

Don Faustino, joven todavía, se conservaba como había sido siempre, bastante buen mozo, muy atrevido.



Flores de album

PORTADA

(Del album de Matilde...)

Gloria es, amigo, para tu pincel,  
Abrir este Album, cuya dueña es tal,  
Que tipo fuera de belleza ideal  
Rafael amigo, para el gran Rafael.  
Bien pintaste, por Dios, este papel!  
(Y tu modestia no lo lleve á mal);  
Bello lo juzgo y á su objeto igual,  
Y digo: «es digno del motivo dell!»  
Bella es Matilde, virjinal, gentil;  
Como de rosa un impalpable tul,  
Vela su frente cándido arrebol.  
¿No has visto, amigo, por el ancho azul  
Nubes rosadas, en airón sutil,  
Velar las luces del divino Sol?...

ROSA

(Del album de una Rosa)

I

Bella, tranquila, virjinal, sonriente,  
Talle de ninfa, boca floreciente,  
Alma gentil, mirada tropical,  
Así creció esta Rosa, indiferente,  
Como garza rosada que, indolente,  
Pasea en el juncal.



Retrato de señorita, por F. Renom

do. Las cuestiones amorosas le daban una resolución extraordinaria: cuando se trataba de llegar hasta una mujer, raras veces veía los obstáculos.

Un día que Don Faustino se encontraba en unas carreras recibió la noticia de que esa noche iba a realizarse el casamiento de Fermina. Sintió de improviso una extraña sorpresa: le parecía mentira que aquella mujer que había sido tan suya pudiese pasar a otras manos de una manera tan sencilla. En un instante se le agolparon á la memoria cosas que tenía olvidadas hacia tiempo: pensó en los encantos de Fermina y en aquella su manera sumisa de entregarle todo su cariño. Le entraron unos deseos locos de verla. ¡Cuánto hubiese dado entonces por poder mirar otra vez, un momento siquiera aquel «su rico cachito».

¿Y cómo haría para satisfacer aquel deseo?... Pronto se le ocurrió el medio: se iría al casamiento. Hijo del pago como era, por todos conocido y respetado, no tenía por qué temer un mal recibimiento. Además, aquella gente tan sencilla no encontraría ningún inconveniente en su visita. En cuanto á Fermina ¿qué otra cosa podía hacer que felicitarse mil veces por su presencia?...

\*\*\*

Don Faustino, como se lo había prometido, asistió al casamiento de Fermina, acompañado de un par de amigos. Cuando llegó á la casa, la ceremonia estaba completamente concluida; ya se había dejado la mesa del monstruoso banquete sobre la que, á juzgar por los estragos, parecía que se hubiese agitado una borrasca; ya los guapos comensales hacían la digestión en pleno baile. Los nuevos visitantes fueron perfectamente bien recibidos; ni los perros les ladraron. En cuanto á Justo, ni pareció fijar la atención en don Faustino. Lo saludó como á uno de tantos y nada más.

Don Faustino y sus amigos se dirigieron si vacilar hacia la sala del baile, donde ya se dejaban oír los rezongos de un acordeon que tanteaba el camino para lanzarse en un paso de polka. Las parejas se encontraban felices con sus extraños atavíos, rodando sin cesar sobre la alfombra floreada. Nadie hablaba casi; pero muy pocos necesitaban echar mano de aquel recurso para entenderse perfectamente y divertirse á más no poder. En cuanto á Justo, ni se asomaba por allí: no era hombre para estas cosas.

Entre las damas, poco de notable se veía. La única que llenaba el ojo, que gustaba de veras, era la

novia, muy roja, muy silenciosa. Estaba sumamente apetecible, con su pequeño cuerpo de carnes abundantes y apretadas, vestida de blanco. Una larga enredadera de azahares se le enroscaba en el busto para irsele á expandir en la cabeza en una aureola blanca que irradiaba torrentes de castidad... En su cara redonda y gordita se destacaban sus grandes ojos cándidos, muy negros, que cuando miraban se abrían en una interrogación sumisa.

Don Faustino se dirigió sin vacilar hacia ella. Su afectuoso saludo fué contestado friamente: Fermina nunca se animaba: aun en los momentos de gran pasión no sabía sino entregarse. Después de cambiar algunas palabras de cortesía, salieron á bailar; el acordeon tocaba un vals que fué aprovechado concienzudamente. Cuando pararon, vaciaron con suspiros los pechos sofocados. Don Faustino se secó un poco el sudor y entró en materia.

Empezó con una declamación tristonja. Cómo era el mundo! cómo cambiaban las cosas! decía. Qué diferencia entre la vida que pasaba ahora y la que había pasado algunos años atrás!... Qué tiempos aquellos á los que no se podía acercar su memoria sin sentir la fiebre!... ¿No se acordaba de ellos Fermina?... Por las dudas se los empezó á describir mientras bailaban una danza.

Se refería al verano aquel en que se encontraron juntos en el pueblo. La primera vez que se vieron—lo tenía muy presente—había sido en un baile y entonces como ahora ella era la más linda, la más querida. Se entendieron muy pronto; salieron del baile el uno por el otro, perdidos; fueron hasta la casa de Fermina del brazo, y adelantándose un poco de los otros acompañantes, aprovecharon por primera vez la oscuridad generosa para agarrarse de las manos, para apretarse con toda el alma como si quisieran soldarse. Así, de esa manera vibrante, se abrió el ciclo de sus amores. Después se sucedieron rápidamente las distintas pruebas de cariño, día á día más avanzadas. Al fin llegaron las citas nocturnas, en la gran quinta arbolada llena de perfumes y entonces comenzaron esos días en que se expande de una manera extraña la vida, principiaron aquellos grandes arranques de pasión, durante los que Fermina, presa de un lánguido abandono, se daba toda, dejándose devorar en silencio...

¡Oh, cuántas locuras se hicieron entonces! ¡Con qué cúmulo de caricias nuevas sorprendían noche á noche á los árboles mudos!... ¡Cuántas veces

estrechamente abrazados los ahogó de miedo un ruido que sonó á distancia ó el cuchicheo de un ave despierta de improviso, y los corazones estremecidos saltaban á la vez de sus pechos para encontrarse en las bocas unidas!... Qué horror les producía entonces el más vago albor de luna! En sus ansias de noche oscura, hasta hubiesen deseado borrar del cielo las estrellas.

Don Faustino se fué acalorando... Lo animaban la confusión del baile, la ausencia del novio; lo enardecía la misma Fermina siempre silenciosa, cuyo cuerpo se volvía pesado y se abandonaba más interrogando á ratos con su mirada negra. Siguiendo el curso de su peroración, y estrechándola furiosamente en las vueltas de un vals loco, le hizo confesar á la blanda desposada que ella no la había olvidado nunca, que para él siempre quedaba disponible el mejor rincón de su corazón... Se lo probaría cuando quisiera... A su cargo quedaba buscar oportunidad...

Después de esto se sentaron, felices. Recien Faustino iba á tener un recuerdo para el pobre chiquilín, importuno inesperado que se empeñó en venir apesar de todo, para enturbiar primero y romper después aquella su vida de caricias... Pero la palabra que iba á salir desfalleció en la garganta. Faustino se quedó frío, con la boca abierta, violentamente descompuesto. Había entrevisto en el umbral de la puerta, medio cubierto por la cortina, la momia del cazador que los miraba, mudo, terrible en su impasibilidad aparente. Sintió que la mirada que le soltaban aquellas pupilas dilatadas le recorría las venas como una racha de hielo dejándolo sin acción, sin pensamiento. Pasó unos segundos indefinibles y durante ellos solo oyó la gran voz de su instinto que lo lloraba perdido... Su terror enervante solo le inspiró una idea, huir, huir en seguida...

Justo tomó su carabina, y montando uno de los caballos que estaban debajo de la enramada, salió al campo. Lo acompañaban sus dos grandes perros, sus compañeros de cacerías, que lo mismo servían para rastrear una perdiz que para sujetar por el hocico una res mala.

Enderezó hacia el monte. No se veía absolutamente nada en el campo descubierto, en medio de la noche tranquila y estrellada; ningún ruido se oía á distancia. Sin embargo, Justo caminaba sin vacilar, como quien cuenta seguro con dar con su objeto. No se apuraba, seguía al trocico la senda que rastreaban con todo cuidado sus terribles perros.

Momentos después descubrió á lo lejos una joroba negra que se extendía en semicírculo: era el monte del río. Al entreverlo pensó: «Ya va lejos... pero no importa... ha de haber errao el paso...» Y siguió al trocico. Desde hacia rato lo acompañaba con su lúgubre vuelo un dormilon.

Diez minutos después llegó al monte. Se paró y escuchó atentamente. No se oía nada más que el quedo palpitar de la naturaleza adormecida; un ruido levisimo, confuso, de árboles que se acarician con sus hojas; de animales que dormitando cambian de sitio; de pequeños insectos que en la oscuridad ensayan sus músicas. A lo lejos cantaban en concierto discordante algunas pavas.

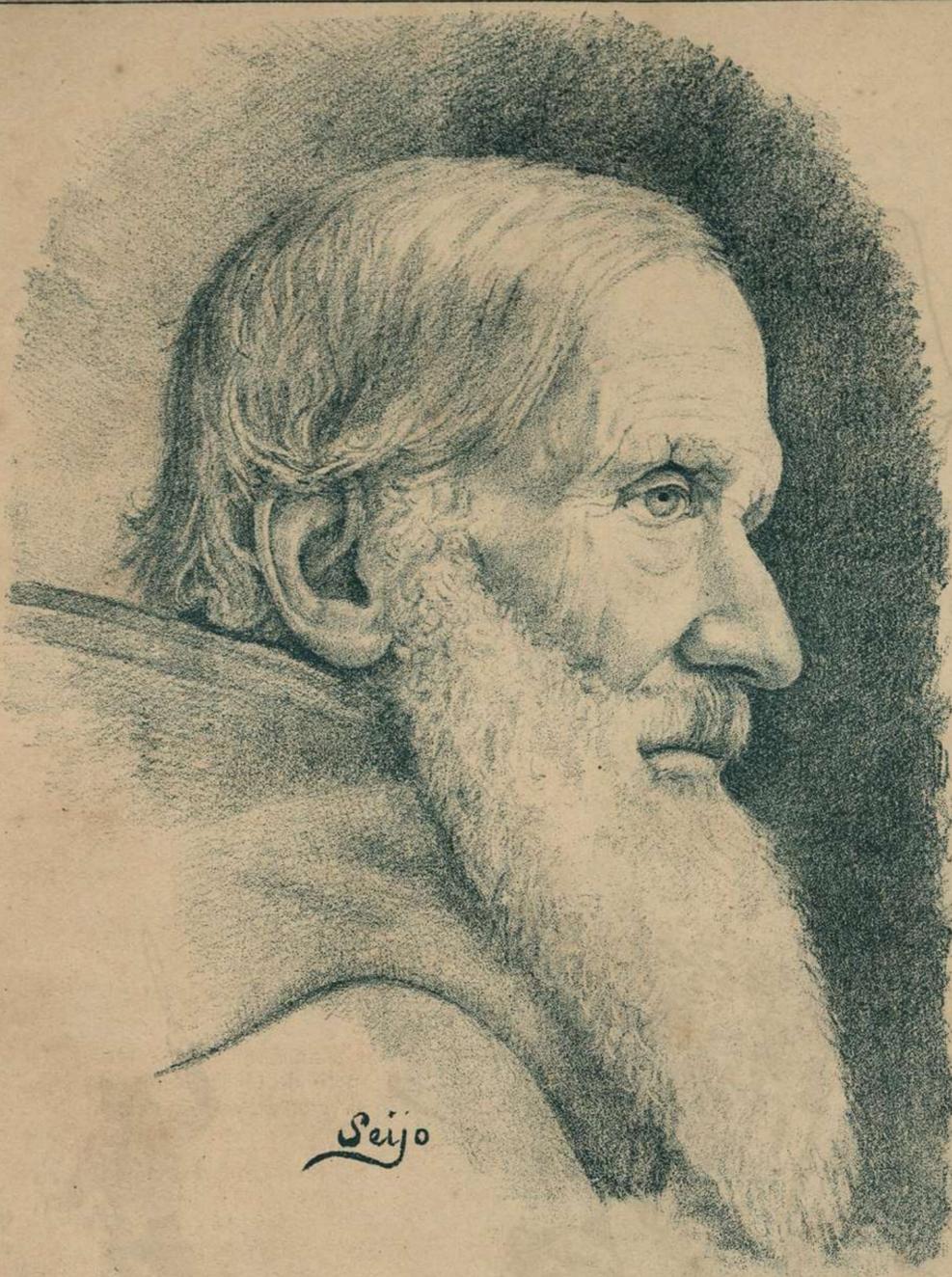
De repente le pareció oír á Justo el paso de un caballo. Siguiendo á sus perros, que avanzaron con cautela, se internó por un camino. Cuando llegó al borde de la barranca, vió en el fondo, junto al río crecido, á un ginete que caminaba de un lado para otro sin acertar donde tirarse. Era Faustino...

Justo chumbó... Faustino, al oír el primer ladrido, muerto de terror, se arrojó al agua, y detrás de él, furiosos, se lanzaron los perros. Lo alcanzaron en el medio del cauce, y allí se trabó una lucha desigual, desesperada. Faustino, dando gritos de fiera que se siente desgarrada, estremeciendo al monte, pugnaba por no soltar la crin de su caballo, por seguir adelante, mientras los rabiosos perros le arrancaban las carnes... La lucha fué corta: los mordiscones despiadados y los ladridos estridentes marearon al caballo que empezó á girar en remolino... Faustino, sin voz ya, sin alientos, abrió las manos y se dejó tragar por el agua revuelta...

Justo desde el borde de la barranca, clavado sobre su caballo, había mirado la terrible escena sin lanzar un grito, sin hacer una mueca. En las manos tenía preparada su feroz carabina, que nunca había errado fuego, que no perdonaba vida... Esperaba ver asomar á flote al desgraciado Faustino para enviarle de nuevo al fondo...

Los perros salieron al fin del agua, y, gruñendo cariñosamente, sacudiendo la cola, fueron á inclinarse ante su amo, primero, y á revolcarse en la arena después; el caballo de Faustino bufando, asustado, se dejaba llevar por la corriente; el monte, emudecido un momento, volvió á llenarse de leves murmullos; á lo lejos seguían los pavos su implacable cantinela; el río, sosegado de nuevo se dejaba ir, tranquilamente, sin dejar entrever nada sobre su negra superficie: todo había concluido.





Cabeza de estudio, por Carlos Seijo

Justo se colocó la carabina á la espalda y lentamente comenzó á arreglar su cigarro de chala. Se puso en marcha y un momento despues se fué aproximando á la casa, que, feliz, lanzaba par sus puertas y ventanas iluminadas, el eco de su fiesta. El empedernido cazador se encontraba ahora satisfecho: su mujer era viuda de veras.

D. ARENA.

### Monólogo de un corto de vista

¿Qué veo?... ¡Soy feliz!... ¿Eres Elena, eres aquella niña pura y buena, la más encantadora que en este suelo americano mora? Eres tú, la simpática criatura á quien dotó de máxima hermosura, el Supremo Hacedor que todo puede y al que á su mando el Universo cede? Eres, dí, la arrogante que amenizas mi vida de estudiante haciendo que más tema á un desengaño que á la prueba fatal del fin del año? Eres, aquella ninfa seductora que al despertar tranquilo de la aurora recorres tus jardines entre rosas, camelias y jazmines?... ¿No contestas?... Ah!... Ven, querida Elena!... disipa con tus besos mi honda pena, y sean fuertes lazos los que formen unidos nuestros brazos! Ven; que á tu lado viven dulcemente amorosas pasiones de mi mente, y vuelven á tu pecho, acariciadas por la mágica luz de tus miradas! Ven... que me causa enojos si te veo elevar tus negros ojos para admirar la celestial grandeza de la madre, sin par, Naturaleza! Ven, que á tu lado cede la amargura al poder de la dicha y la ventura... mas... ¿qué miro?... ¡por Dios!... ¡seré pollino!... ¡¡pues, no me he declarado á un capuchino!!

ALFREDO VARZI.

Diciembre de 1894.

### Nubes

Parecía realmente que el cielo, el aire y el sol se habían puesto de acuerdo para formar un día encantador. Deslumbraba el cielo azul con su luminosa transparencia, el aire fresco y jugueton robaba al pasar á las flores del monte su aroma, esparciéndolo hasta las márgenes del río; el sol moderando sus ardores estivales, derramaba imparcial su luz á raudales sobre el campo, el monte, las arenas de la ribera, iluminando, fecundándolo todo con su vital calor; atravesando con sus innumerables dardos de fuego las aguas del magestuoso Uruguay, que reflejaban su luz como un espejo líquido, hasta que el rumoroso río, rugiendo sordamente al tocar la barrera de rocas del Salto Grande, precipitase con furor por sobre ella. Entonces esa inmensa masa líquida, tan tersa, tan pulida, se quiebra, se deshace en mil partículas, arrollándose al caer, formando blanca voluta de espuma, cuyas gotas rebotando á gran altura, atravesadas por los rayos del sol, semejan una lluvia de perlas de fuego.

Allí, sobre las orillas del Uruguay, en el mismo Salto Grande, una alegre comitiva de unas treinta personas, jóvenes y niños en su mayor parte, concluía de almorzar, y á juzgar por las sonoras risas, el chocar de las copas, y el saltar de los tapones, la alegría debía ser general.

El dueño de la estancia contigua, venido de Montevideo á pasar un mes para mejorar la quebrantada salud de una de sus hijas, había organizado conjuntamente con varios amigos que lo acompañaban un almuerzo *criollo*, con su consabido asado con cuero, no faltando tampoco las milongas, los cielos, los tristes y ias vidalitas que cantaban con voz candenciosa el capataz de la estancia y dos peones, acompañándose en sus guitarras con esa melancolía tierna y soñadora que caracteriza nuestros cantos criollos.

Los comensales, concluida la tarea de dar satisfacción al estómago, empezaron á dispersarse, unos buscando la sombra de los árboles del cercano monte, otros echándose cerca del fogón donde cantaba dulcemente la caldera pronta para el mate,

conversando curiosos con los hombres de campo, otros internándose en el monte en busca de flores, reuniéndose, según sus simpatías, en grupos de seis, de cuatro, de dos... de dos sobre todo.

Solo una persona, una niña muy joven de aspecto delicado, se había adelantado sola hasta tocar con sus diminutos piés las aguas del Uruguay. Allí se había dejado caer sobre la arena, apoyada contra una roca, en una actitud de abandono, de desaliento indecibles.

Era delgada, de mediana estatura, muy linda, de facciones correctas y delicadas. Su rostro transparente y adelgazado, su adorable boca cerrada y caída en sus extremidades, sus grandes ojos grises de pupila tan dilatada que á ratos parecían negros, sombreados por oscuras ojeras, su paso lento y distraído, sus gestos cansados, su voz apagada, todo en ella denotaba una tristeza moral, un desaliento tranquilo y dulce que la hacia indiferente á todo, que había quebrantado su salud y era la desesperación de su familia.

Unos meses antes esta niña melancólica era una de las más alegres y contentas de las muchas bellezas que florecen en los salones de Montevideo. Perteneciente á una de nuestras más aristocráticas familias, muy instruida, muy linda, muy elegante, era la niña mimada de la sociedad que la buscaba y agasajaba por su alegría contagiosa, por su *entrain*, que daba animación á toda fiesta á que asistía la linda Lia.

De pronto, sin motivo aparente, Lia cambió de carácter. Sus amigas no podían reconocer en esa niña silenciosa, melancólica, cuya rara conversación llevaba un marcado sello de amargura, á la alegre Lia, de espíritu tan fino, cuyas chispeantes frases hacían las delicias de sus amigas y de cuantos la oían.

Llegó á tal punto su tristeza que su salud se quebrantó, y su padre que la idolatraba, seriamente alarmado, despues de consultar á varios facultativos, siguió la indicación de éstos y la llevó á pasar un mes á su estancia del Salto Grande.

Lia seguía sentada al borde del río. Su mirada rozaba las aguas transparentes que corrían corrian, como corre la vida, sin detenerse jamás. Pasaba por sobre la opuesta orilla la costa de Entre-Ríos, sin detenerse é iba á perderse allá en el profundo abismo del cielo azul.

Despues de pasar largo rato abismada en sus pensamientos, suspiró profundamente y miró á su alrededor. Viéndose sola, sacó de su seno una carta, y desdoblándola lentamente se puso á leerla tal vez por la centésima vez. La carta decía así:

«Lia querida:

»Contesto tu cariñosa carta y al mismo tiempo protesto contra tu acusación. No es cierto, no te olvido. ¿Cómo puedo olvidar á la amiga querida, mi compañera de paseo, de teatro, de bailes, la confidente de mis pequeños secretos? Tú bien sabes, mala, que eso no puede ser. ¡Si vieras cuánto te extraño! Ni gusto encuentro en ir á ninguna parte, ahora que no te tengo junto á mí para comunicarte mis impresiones y reirnos, y seamos francos, criticar un poquito á nuestros amigos.

»Me pides que te cuente lo que aquí pasa: hija, si no pasa nada. Montevideo está dormido: unos que se mueren, otros que se van, algunos temerarios que se casan, he ahí todo.

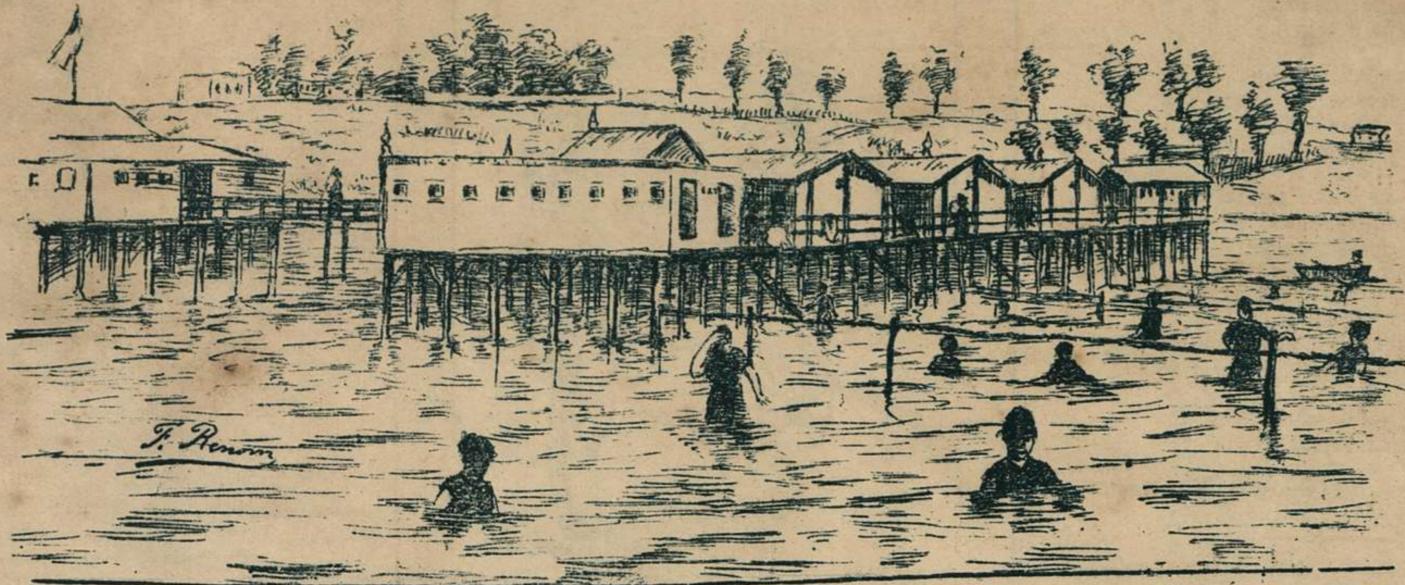
»Y ahora que pienso: ¿Sabes quién se casa hoy? Raúl. ¿Y sabes con quién? Con Irene. ¡Quién lo hubiera dicho! ¿Te acuerdas? Cuando el año pasado rompió con ella y empezó á frecuentar asiduamente la sociedad, él que era tan retirado, todos creimos que la ruptura era definitiva. Y cuando empezó á festejarte y distinguirte, todos tambien creimos que dependía de tí que se formalizara. Te confesaré, mi querida, que en esa época estuve resentida contigo, porque creí que Raúl gustaba seriamente de tí, y hasta creí que tú le correspondías. Como te ruborizabas cuando te hablaba de él, y negabas, pero bajando tus lindos ojos y riéndote de un modo tan nervioso, creí que no querías confiarme tus amores y me resentí. Pero pronto vi que me había equivocado y que Raúl había querido únicamente dar celos á Irene. ¡Qué bien hiciste en no hacerle caso!

»Pero Lia, ¿qué vas á decir de mí carta? Con razon acostumbrabas decirme que yo empezando á darle á la sin hueso, no concluyo.

»Adiós, mi Lia querida. Cuidate bien y vuelve como eras antes de esta enfermedad inexplicable: fuerte, alegre y contenta, el encanto de cuantos te conocen y particularmente de tu amiga que te quiere con el alma

»Elena».

Al concluir la lectura de la carta, Lia dejó caer sus manos sobre la falda. Sus ojos dilatados, fijos, se llenaron de lágrimas, y su mirada, cruzando de nuevo el río, fué á perderse en el cielo azul de horizonte. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, rodaron por sus mejillas, y cayeron sobre la carta abierta, mientras que allá, cerca del fogon, la voz de uno de



Playa Ramirez, por F. Renom

los peones modulaba con tierna melancolía las tris-  
tísimas notas de la vidalita:

Palomita blanca  
Vidalita,  
Que pasas volando,  
Dile que me has visto,  
Vidalita,  
A solas llorando.

MIRIAM.

### Consiguió su gusto

Cierto quidám se tenía  
Por crítico muy profundo,  
Y zurraba á todo el mundo  
En prosa y en poesía.  
Con todo, nadie leía  
Los productos de su sosa  
Inspiracion, por ser cosa  
Completamente aburrible,  
O grandemente insufrible  
Tanto en verso como en prosa.

Un dia el cierto quidám  
Cierta escalera subiendo,  
Dióse un porrazo tremendo  
Contra el entablado, y tan  
Tremendo fué, que el patán  
Al punto perdió el sentido;  
Mas como hiciera el caído  
Ruido atroz con el porrazo,  
Dijo alguno:—Este pelmazo  
Al fin logró meter ruido.

W. P. BERMUDEZ.

Montevideo, Diciembre de 1894.

### EL CORAL DE LOS LABIOS

(CUENTO RÁPIDO)

Se querían. Esto era lo más natural del mundo. Ni él ni ella jamás habían reñido; ella, con su gran cabellera rubia de princesa germana, sus ojos puros y profundos, su extraordinaria gentileza y su sin par atractivo; y él, alto, de barba negrísima, con toda la extraña melancolía de un temperamento tropical.

Se amaban sin saber por qué, sin razón, como las flores buscan el sol y los pájaros la enramada; y si orgullosos estaban el uno del otro, es justo decir que en él la admiración era aún mayor. ¡Ella! Este era grito de su alma y de su corazón. Y la tenía por perfecta, por completa, como el modelo más acabado de todo cuanto puede existir de grande y admirable.

¡Qué ojos aquellos los suyos, en donde la luz tenía la dulzura del morir de las estrellas! ¡Sus cabellos tan suaves, tan nítidos, tan puros, más blandos que la pluma del cisne! ¡Y la boca, aquella boca tan fresca que parecía una rosa entreabierta!...

Cierta vez, como prueba del amor que la tenía, dióle él, como regalo, un precioso abanico de raso blanco

que tenía sin duda su simbolismo. Ella lo aceptó, sin emdargo, á poco y cediendo á un capricho femeníl, antojósele que le pintara en él un paisaje.

Ella suplicaba dulcemente, viéndole esquivo en complacerla

—¿Lo harás? ¿Por qué no has de hacerlo?...

Y tras el abanico, en una actitud que le era propia, la tela tocando los labios y los ojos lijeramente entornados, ella insistía é insistía... Por último, él cedió y llevóse consigo el abanico.

¡Qué lástima! Pintar en aquella superficie blanquísima, tan reluciente y tan pura, le parecía un pecado, como una ofensa á aquel color símbolo de la pureza.

Lo abrió todo y lo examinó cuidadosamente ¡Tan blanco y tan luciente!... De pronto, en el borde superior notó algo, algo así como una franja desigual y sonrosada... ¿Qué era aquello?... No se lo explicaba; era una mancha, sin duda; pero ¿de qué?... ¡Ah! Ya... ¡Era posible! ¡¡Era posible!!

¡Oh, Dios! Sí... si... aquel abanico, al tocar sus lábios, con aquel ademán tan suyo y tan encantador, había sido manchado con... pintura!

EMEO



—¿Con qué te examinaste por fin? ¿Y qué nota te han dado?

—Suspenseo.

—¡Suspenseo! ¡Y lo dices con esa calma, desvergonzado!

—Sí, papá; porque no ha sido por nada malo, sino porque he dado un exámen tan brillante, que la mesa ha dicho.—«Que se repita, que se repita.» Y tengo que volver á examinarme en julio.

### Una historia

(CON COMENTARIOS)

«Hermosa como una huri,  
«divina como un lucero...»  
(Así como ésta la quiero;  
que me la traigan aquí.)

«Su nombre era muy bonito  
«pero de él no hago memoria.»  
(Lo principal es la historia,  
el nombre... me importa un pito.)

«Catorce abriles contaba  
«la heroína de mi cuento...»  
(¡Catorce abriles!... presiento  
que va á caerme la baba.)

«La morbidez delicada  
«de su cútis transparente...»  
(¡Quién pudiera hincarle el diente  
como si fuera empanada!)

«Envidia á la nieve diera  
«y al nácar más escogido.»  
(¡No haberla yo conocido!  
¡Ay, quién cerca la tuviera!)

«Era tan buena, tan blanda  
«su alma de bondades rica...»  
(Está visto: era la chica  
de las que el médico manda!)

«Que, con afecto entrañable  
«amó á quien no la quería...»  
(Hum! el pan de cada día:  
¡qué necesidad incurable!...)

«Se enamoró sin recelos  
«de un bigotito dorado...»  
(¿Qué pudo haber encontrado  
en un puñado de pelos?...)

«Y el galan que, sin misterio  
«no era manco ni difunto...»  
(Me parece que el asunto  
se va poniendo algo serio!)

«La prodigó mil ternezas,  
«le habló de invisibles seres...»  
(No sé por qué los mujeres  
se tragan esas simplezas!...)

«Y, salga por donde salga,  
«se dijo, y de su pasión...»  
(Ya miro la conclusion:  
¡que la inocencia le valga!)

«La pintó el amante fuego,  
«y ella... le amó como loca.»  
(Con el Jesús en la boca  
estaba, mas me sosiego.)

«Era á través de una reja  
«que él con ella platicaba...»  
(Eso de pelar la pava  
Es costumbre ya muy vieja.)

«Al fin quiso el inhumano  
«romper con ansia el cerrojo...»

(No era nada lo del ojo  
y lo llevaba en la mano!...)

«Mas no pudiendo salvar  
«el muro, cansóse un día...»  
(Y es claro, lo presumía:  
el pájaro echó á volar!)

«Y abandonó á la mujer  
«que le adoraba sin calma...»  
(¡Se precisa tener alma!...  
Hombre al fin, ¡qué Lucifer!)

«Cayó en un ansia mortal  
«aquella niña divina...»  
(Si hubiese tomado quina,  
de fijo, se acaba el mal.)

«Y... con el sueño cruel  
«de la muerte... se durmió!»

(Ya la historia se acabó:  
no dice más el papell!)

OROSMAN MORATORIO.

### Acuarela

Apenas el arroyo mueve sus ondas  
y se oyen cavatinas entre las frondas;  
reverdecen los pastos; las manzanillas  
matizan las laderas y las cuchillas,  
y cual gotas de escarcha, nacen las blancas  
margaritas silvestres en las barrancas.  
Del lejano arroyuelo, serpeando, un gajo  
al Sol que se levanta, brilla en el bajo;  
los juncos en el agua brotan en haces,  
y hácia el campo labrado van las torcaces,  
mientras que de las ramas ya suspendidos,  
como tiernos hogares se ven los nidos.

Cubiertos de retoños se hallan los talas  
y las verdes lagunas de blancas alas;  
los dorados insectos van en enjambres  
á chupar el jarabe de los estambres,  
y en las aguas serenas y cristalinas  
empapan su plumaje las golondrinas.  
Es que á la tierra ha enviado ya su primera  
sonrisa voluptuosa la primavera.

SANTIAGO MACIEL.

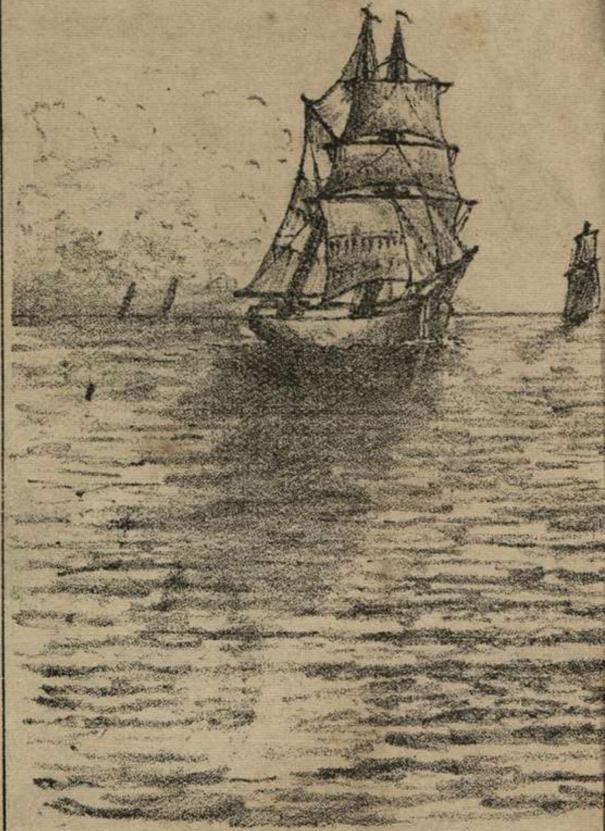
Montevideo, Octubre 27 de 1884.



—¡Hola! ¿Tambien te gusta á tí la pintura?  
—A mí no; ¡qué me ha de gustar!



—Hombre; ¿y por qué no?  
—Eh... Porque es veneno.

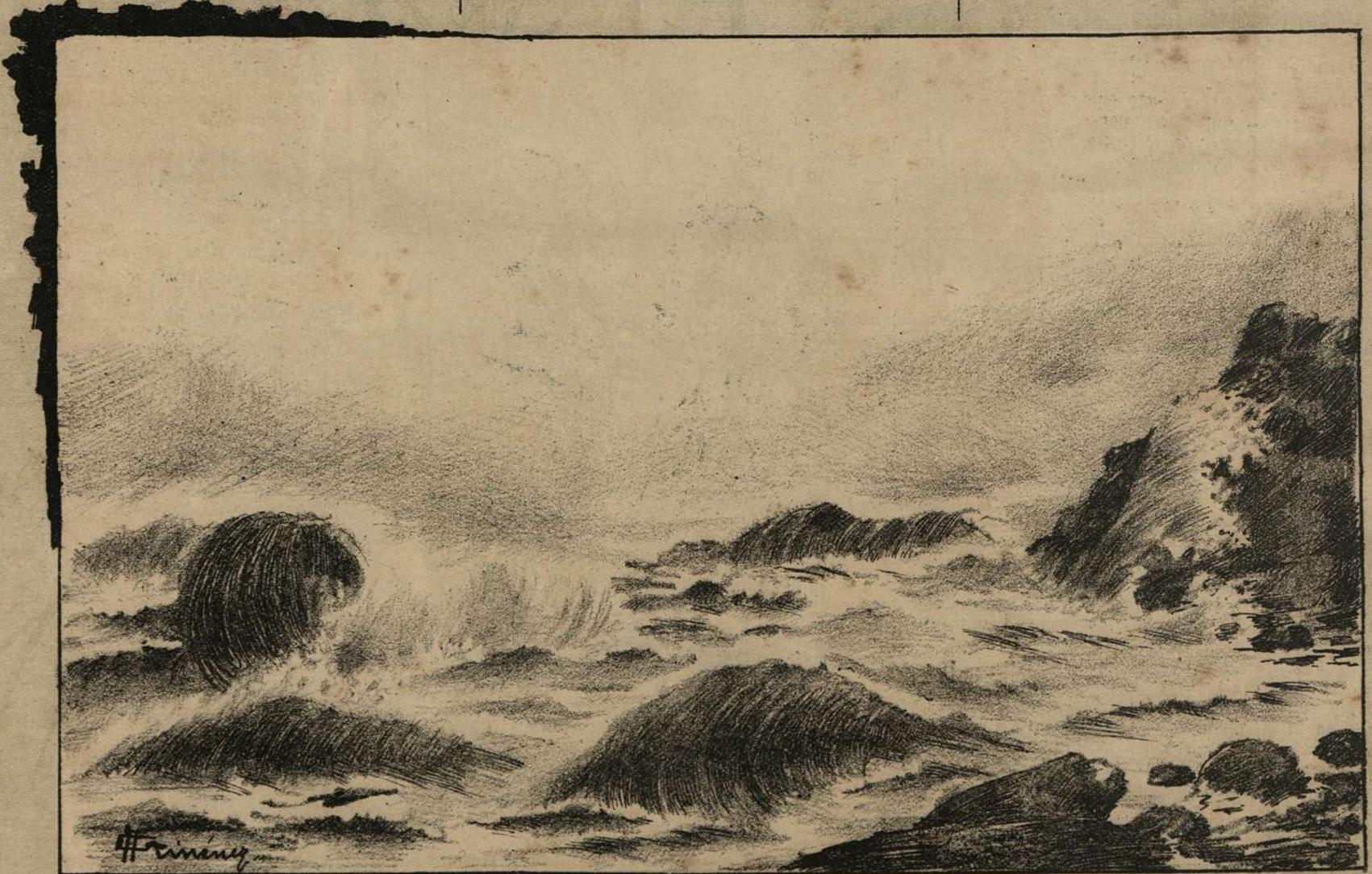


Marina, dibujo de Daniel de Solier

### Prudencia

Cuestionando, un bofeton  
recibió el prudente Orozco,  
y en lugar de devolverlo  
se lo guardó para él solo.  
—¡Por vida de...! dijo uno;  
si á mí me dan en el rostro  
como á usted, sin ser valiente,  
á bocados me lo como.  
y Orozco dijo:—Pues yo  
pienso de distinto modo,  
y si un bofeton recibo,  
me aguanto, no me den otro.

PIF-PAF



Mar gruesa, dibujo de Aurelio Giménez



«EL MIGUELETE» POR NEMO

## Año nuevo

¡Todo sea por Dios! Ya se acerca el momento solemne en que las últimas luces de crepúsculo del año que termina han de fundirse en las alegres claridades que acompañan al nuevo año en su risueña aurora.

*¡C'est ici le combat du jour et de la nuit!*

Este verso de despedida, postrer destello del año espirante, tan parecido al último fulgor de la luz que va á apagarse, esfuerzo supremo de los hombres y las cosas en el gran instante en que se extienden sobre ellos las alas frías de la noche eterna, inspiración final de la muerte al rozar la frente ya oscurecida por la sombra inmensa en que va á sumirse, este verso es inmortal como el inmortal Hugo, porque es la síntesis de la acción suprema que se ejecuta en el momento señalado para la desaparición de algo cuya última hora sonó en el reloj de la eternidad.

Los dos años, el que fenece y el que nace, van á encontrarse en esa hora solemne, y entonces se librará la lucha del día y la noche, de los recuerdos y las esperanzas.

Ya todo se prepara á recibir al nuevo hijo del Tiempo. Jano sonríe con la cara que mira al porvenir, saludando al sol que nace.

¿Por qué ríe? ¿Por qué reímos? Es la esperanza que engaña á la experiencia en los primeros días del año que nace; es la esperanza que se venga de la arrota que le infligió la experiencia en los últimos días del año que se fué; es la esperanza que saluda

al nuevo año en el concierto de la alegría universal.

Que á los años se les trata como á los monarcas; recíbeseles entre victores y aclamaciones, entre flores y músicas, con arcos y luminarias, en el día de su exaltación al poder; y se les despide con quejas é insultos, con reproches y maldiciones, con indiferencia ú odio, en la noche triste de su caída.

Porque también los años tratan á los pueblos como los monarcas: prometen mucho, mucho en el alegre día de su triunfo y cumplen muy poco, muy poco en el largo crepúsculo de su reinado.

Así, el mundo entero se prepara á recibir gozoso al año que entra.

París y Nuremberg han hecho el más poderoso esfuerzo para recibirle dignamente.

He ahí el zapatero viejo que cose cabeceando el zapato eterno, abriendo de pronto sus ojos espantados, tras los espejuelos de alambre; he ahí la muñeca que se empolva y se mira al espejo en su regular movimiento, imagen de muchas mujeres que en el transcurso del nuevo año y de muchos más, no harán otra cosa; he ahí el abogado de largas patillas de lana blanca que lee siempre su defensa abriendo mucho la boca y golpeando á compás la tribuna, con la mano libre; hé ahí el dandy de frac rojo y galera blanca, que fuma moviendo automáticamente la sonrosada cabeza de ensortijados y amarillos cabellos.

Todo eso da el año que nace á la generación que comienza su carrera; los hombres se desean unos á otros felicidades, muchas felicidades. ¡Cuántas tarjetas con esta leyenda! De todas formas, y colores, y dibujos, pero todas deseando felicidad, una felici-

dad que casi nunca acude al llamamiento del deseo...

¡Noche final, noche de recuerdos, suave y triste noche del último día de Diciembre, llega, llega y haz sentir á todos la tristeza que acompaña al recuerdo de lo que fué!

¡Noche solemne, noche tranquila que refrescas el cerebro y provocas la meditación, noche grandiosa que das tumba á un mundo de recuerdos y cuna á un universo de esperanzas, noche que bates por última vez tus cansadas alas negras, llega para que tu rocío haga réverdecir una vez más los recuerdos de olvidadas sensaciones en el corazón de todos los que saben sentir!

Desfilad, memorias amortiguadas de pasados días; medita todos.

Tú, que amaste, piensa; estás en la última noche del año, ¿te acuerdas? Cuando nació, sonriente y ofreciendo ilusiones como el que ahora va á nacer, ella te juró eterno amor. A penas un año ha transcurrido y quizá no os conocéis ya; ¿dónde está ella? Quién sabe. ¿Qué eres tú para ella, ahora; tú que ocupaste todo su corazón? Cuando más, un leve recuerdo importuno, ¡Y todo este cambio solo en un año!...

Tú, que yaces silencioso mirando sin ver la temblorosa luz de la bujía, ¿en qué piensas?—¡Ah! Él era tu amigo, casi tu hermano, cuando el año que termina principió; juntos brindásteis por vuestra amistad, estrechadas las manos en cordial apretón, cruzándose las miradas como testigos de la sinceridad de vuestras palabras... Ahora él es tu enemigo. ¿Por qué? Una susceptibilidad, una nada lo decidió así.

¡Y todo en solo un año!

Vosotros, los que en familia hicisteis mil proyectos de felicidad y ahora veis uno ó dos sitios vacíos en la mesa entonces llena. Vosotros los que al empezar el año erais ricos y hoy os acompaña la estrechez; todos, en fin, los que habeis sentido el dejo amargo de la desilusión, pensad cuántos sinsabores dan esos años cuya llegada saludais gozosos...

Pero no. No lo hagais.

¡Noche triste que arrastras en tu sombra recuerdos dolorosos; noche moribunda y solemne del 31 de Diciembre, vete, pasal! Paso á la luz!

Saludad todos al año que entra.

Si, año nuevo; si es cierto que tú traes nueva luz para alegrar el camino; si es cierto que traes el olvido, bálsamo del alma herida; si es verdad que en tu luz se mece la Esperanza, que dá alientos y consuelos; si es cierto que bajo tus alas blancas se cobijan las ilusiones, benditos engaños que confortan y dan dulce sueño al alma como dá tranquilo sopor el suave néctar; si es verdad que das todo eso que rejuvenece el alma; que una nueva vida nos aguarda en tus días; si todo eso es cierto, yo también, año nuevo, yo te saludo!

ARTURO A. GIMÉNEZ.

## Un pecado mortal

El recto magistrado don Facundo viendo que se moría de una larga y terrible pulmonía quiso dejar el mundo sana y cristianamente preparado y un sacerdote reclamó á su lado al que fué refiriendo muy contrito de su vida delito por delito. Acabó de sus culpas el paciente la minuciosa historia, y el cura, que le oía atentamente le invitó diligente á repasar de nuevo su memoria, por si el cerebro aquel entorpecido dejaba algun pecado en el olvido. No recuerdo ninguno repetía aquel viejo infeliz que se moría.

—¿Y en su larga carrera á un inocente nunca ha condenado sabiendo que lo fuera?

preguntó el sacerdote al magistrado

—¡Si señor, es xerda, no me acordaba que contarle tal hecho me faltaba!

—¿Ese crimen también? ¡Oh desgraciado!

¡Perdónale esta culpa, Dios clemente!

¿Con que usted ha condenado á un inocente?

—Si

—¿Y usted lo sabía

—Yo sabía que era Inocente.... Sanchez y García.

ARCHES



Ahí están todas, amigas mías, todas, siempre lindísimas y seductoras.

¿Qué les parece la idea? ¿No es cierto que muy bonita?

¿Y qué menos podría hacerse, por otra parte, por todas Vds. que han contribuido con su belleza y su gracia á dar una nota brillante á esta mi pobrecita seccion, que solo viste de fiesta cuando la escribe una pluma mas feliz que la mia?

Que les agrade muy mucho son mis deseos, y creo que ninguna de Vds. me ha de negar esa satisfaccion. ¿No es verdad?

¿Y qué me dicen, amigas mías, de la inauguración de las Kermesses, la del Club Católico y la del Ateneo!

Esta fué en la noche del lunes; estuvo espléndida, magnífica, jamás he visto tanta concurrencia, tanta animacion. El elegante kiosco de tres torrecillas, coronado de gallardetes y banderas é iluminado profusamente con bombillas de luz eléctrica. Dentro, sobre fondo azul cielo, en estantes escalonados, los objetos, muy bien arreglados, de mayor á menor,

recibiendo todo el lleno de la luz, que encendía aristas y pintas con reflejos de diamante. Y allí, en medio de tanta luz, las lindas vendedoras, vestidas de rosa y negro, todas tan lindas, todas tan monas, vendían las cedulillas, mientras delante de ellas, al rededor de los pequeños jardinillos, paseaban lentamente los grupos, las parejas, deteniéndose por momentos, con sus trajes claros, estivales, que en medio de la noche oscura, se destacaban como una nota de primavera.

La música llena el ambiente; la brisa es suave, es dulce; toda una juventud radiante, todo un vergel desbordado invade la plaza, la colma, la alegra con un aspecto de fiesta adorable y luminosa.

¡Qué felices momentos! Formarán recuerdos irrecederos, que tendrán algo de vision y de sueño... ¿Me llevan? ¿Quien me arranca de este encantador espectáculo? ¡Bah! Lo preguntaba. ¿Quien ha de ser la curiosidad!

Estoy en el Club Católico! ¡Oh, cuánta gente, y qué hermoso, qué bonito todo aquello!... El adorno, los tres kioscos, el griego, el japonés, el ruso,

tan bien arreglados, de tan buen gusto!... ¿Y las vendedoras?

¡Ah, Dios mío, no sé qué decir! ¡Vaya un compromiso! Si fuera yo hombre, y me dieran á escoger... escogería á todas!

¡He aquí una cosa original! En las dos Kermesses, por original sortilegio, se ha hecho, sin querer, un verdadero concurso de bellezas.

Lo que me parece difícil es cómo se arreglarían para discernir el primer premio.

\*\*

Amigas mías, pronto el año 95 se descubrirá ante nosotras; y yo, al saludarlo, por mi parte les deseo á ustedes todo género de felicidades; que las ilusiones, que tanto vuelan, extiendan sus alas sobre todas ustedes; que las esperanzas, de difícil realizacion y tan dudosas, tengan el más puro verde que las simboliza.

ALINA DORÉ.

## El alfeñiquero

(TIPOS VIEJOS)

BOCETO

—¿De menta, de naranca ó de banana?

—De menta.

El vendedor da el alfeñique pedido, el muchacho entrega el *vinten*, y negocio terminado, á no ser que la tentacion induzca al chico á comprar algunos más.

Y el alfeñiquero, voceando su mercancia, se marcha con presteza...

En forma de diálogo tranquilo ó en disputa acalorada se hacia la compra de los alfeñiques cuando éstos eran la predilecta golosina de los muchachos de hace poco más ó menos tres lustros. También es verdad que su gusto y su aspecto exterior eran por demás exquisitos, necesitándose de grandes esfuerzos de voluntad para no comprarlos, una vez probados, siempre que se les viese tan fresquitos y olorosos...

Sus colores simpáticos, casi siempre pálidos; su forma especial, como dos cuerpecitos unidos por la base y abriéndose luego en líneas divergentes, formando como espirales un tanto borradadas; la humedad viscosa y perfumada de la almibar, incentivo para las moscas y martirio de los dedos golosos; el olor de las esencias, penetrantes, incitadoras; el ruidillo al chocar, al pegarse, al despegarse... todo esto se resumía en una sola palabra, fatal, fascinadora: *cómprame*.

Y—no había remedio—se le compraba, llamando al punto al *papá* del demonio tentador, que, como si estuviese convencido de su empleo, sonreía maliciosamente al acercarse. ¡Ah! Y es que los muy tunantes conocían que la confitura era buena; que había acaparado y sujestionado por completo el gusto infantil, fácil de exaltarse, defender y amar una cosa de su agrado íntimo y preferido.

Dirijamos la atencion hácia ellos.

La mayoría eran españoles é italianos; los franceses se diferenciaban de éstos por las gorras de lustrina negra en la cabeza é ir calzados con zapatillas, mientras los otros no abandonaban las botas de gamuzas. Un detalle particular, y no por de ningun modo, era que casi todos llevaban una talla y olián á benjuí. Con sus espaldas de lata con tapa colgadas del brazo, y sus manos de limpias avanzaban rápidamente, muy ocupados en fumar, voceando de un modo más que los otros vendedores, como si estuviesen orgullosos de la delicadeza y finura de su mercancía, aún cuando en ellas no se vendiese.

Escribiendo esto me parece ver sus siluetas; me parece ver una cara grande y sonriente, que me mira y dice con su acento dulce: «*Ed, signore, si cunpra!*»

Se llamaba Antonino, y trataba á los chicos de esa manera tan respetuosa, aunque era un hombre de esos en que el mal humor no hace nunca liga con ellos.

Alto, bien formado, con pecho de militar; con unos ojos azules grandes y movibles, una boca adornada con unos bigotazos rubios á lo Umberto I, sudosos y desgreñados en las puntas; con su cara grande y bien formada, de cutis blanco y sonrosado como el de una dama; su aire sonriente, tranquilo, satisfecho, ese aire de gozoso bienestar que proporciona una buena digestion, una vida excelente y que parece decir á todos: «*Estoy bien; oh, muy bien!*» con solo una mirada... Antonino, el alfeñiquero, era el hombre más simpático del mundo como vendedor y como persona. Se le c...



Dibujo de Aurelio Giménez

ro, y su gran pañuelo  
al cuello y que flotaba

manana é di naranca!  
alto su lata, muy alto,  
sosteniéndola con una  
evitar que alguien se la  
infante, como si llevara  
n clavel rojo entre los  
bles. Luego bajaba la  
alfeñiques, todo se le  
tosamente las espaldas,  
á las niñas para agradar  
sahogar también su na-  
iente y satisfecha...  
quito, decía chasquean-

todo, y los alfeñiques  
ados; los de menta, de  
y banana amarillentos;  
po había también ver-  
se la fabricacion, por-  
re ellos, horriblemente  
con el cardenillo de los  
los compraban ni aun  
nada! Querir envene-

la compra, Antonino  
nbrero.  
? decía ella vacilando

—Eh!... per una señorita... los rosados... il  
colore de su cara, contestaba él atrevidamente, son-  
riendo con sus bigotazos desparramados.

Invariablemente la jóven hacia un gesto de des-  
den; y entonces Antonino, un poco asustado de su  
audacia, se apresuraba á decir, ocupándose solo de  
los alfeñiques:

—Cualequiera, cualesquiera son bueno; le blan-  
co... questo... questo es bueno, oh!...

Pero nunca dejaba de vender. Tenia un modo de  
insinuar realmente convincente; y luego, al marchar-  
se, regalaba siempre al bebé de la casa un alfeñiquito  
pequeño, deseándole, de una manera harto distin-  
guida, que no se le indigestara... Sucedia á veces,  
no obstante, que se ponía de todo punto insoportable;  
y era cuando alguna chiquilla avispada le ofrecia  
una flor más fina que su eterno clavel rojo, dicién-  
dole que se lo regalara á su novia. Entonces era  
cosa de comprarle todos los alfeñiques y arrojar-  
lo á la calle inmediatamente.

¡Qué hablar, Dios mío, qué sonreír, qué discul-  
parse modestamente, haciendo grandes ademanes  
platónicos y conmovedores!... El alfeñique servía  
también de objeto de broma. Los muchachos, chu-  
pándolo durante mucho tiempo, lograban sacarle una  
punta tan fina como la de una aguja, y así, con se-  
mejante arma, se pinchaban unos á otros cuando  
se pillaban distraídos. Otras veces encontrando un  
compañero incauto, le hacian meter el alfeñique en  
la boca y luego le decían, como la cosa más natural  
del mundo, que apretase con los dientes con todas

sus fuerzas. El alfeñique, ablandado, de la consis-  
tencia de la pega-pega, hacía imposible separar las  
mandíbulas de repente, cosa que provocaba la risa  
en el corro, cuando, peñizado de pronto el ino-  
cente, hacía esfuerzos para gritar, para separar sus  
mandíbulas fuertemente soldadas.

Entre las personas mayores, la cosa era más grave.  
El alfeñique blanco era emblema de juventud y be-  
lleza; el amarillo, vejez y maldad; el rosado, obesi-  
dad, glotonería. Y he dicho que la cosa era más  
grave, porque bien puede comprenderse que ninguna  
jóven puede verse tratada impunemente de sol-  
terona, de suegra en perspectiva, aunque lejanísima  
y dudosa, ni tampoco de nodriza, ó ama de fonda.  
Además, la forma especial del alfeñique, era una  
broma sangrienta tratándose de casados...

Hoy nadie recuerda ya esto; el alfeñique ha deja-  
do de venderse por las calles en absoluto, yendo á  
ocupar las vidrieras de las confiterías de lujo, en don-  
de se vende como un artículo excepcional, artículo  
francés, y, por lo tanto, á precios exorbitantes. A  
los vendedores de alfeñiques han sucedido otros de  
aspecto más moderno y más chic; con enormes gorra-  
zas de lienzo blanco, grandes delantales del mismo  
color, llevando en cestas muy primorosas infinidad de  
cartuchitos de caramelitos multicolores como las  
bolitas de Buenos Aires, confituras de con-  
trabando, de broma, de remedo, en las cuales  
todo es colorete y papel pintado (permitase la  
frase), gritan con un tono algo infantil: «Son de  
Pari, son de Pari», haciendo sonar una campanillita  
de bebé; todo lo cual nos demuestra, á su modo, el  
gran ascendiente, la absoluta tutela que ejercen so-  
bre nosotros las costumbres europeas.

C. LENGUAS.

### Razón de peso

A un célibe censuraban  
en cierta amena tertulia  
que no fuese partidario  
de la marital coyunda.

—A usted, indudablemente,  
exclamó la bella Julia,  
no han debido, don Enrique,  
gustar las mujeres nunca.

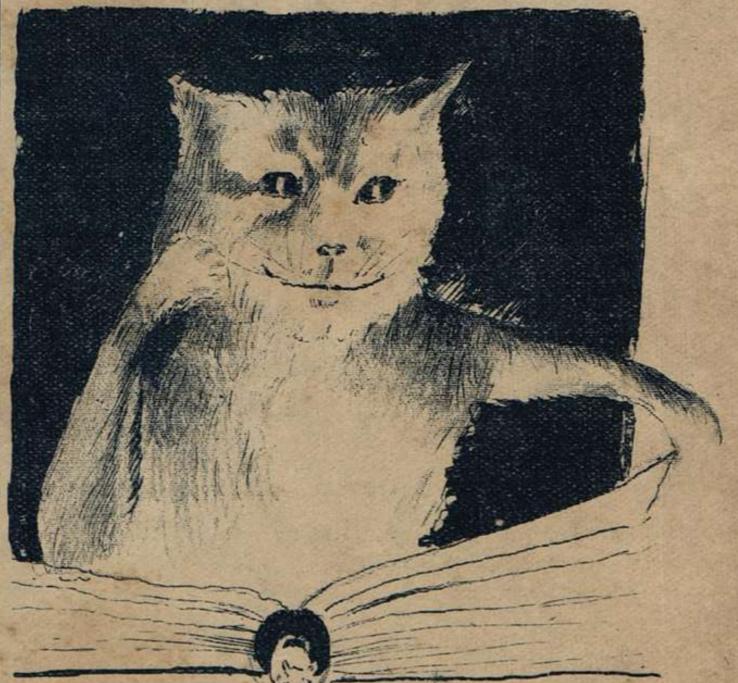
—Al contrario, señorita,  
no hay en la tierra criatura  
á quien más hayan gustado  
las mujeres.

—¿Eso es burla?

—No tal; la prueba la tiene  
en esto, preciosa Julia:  
no me he casado, por no  
disgustarme con ninguna.

Fi-Fi.

### Colaborador olvidado



FU-FU

Gato de la redaccion  
que olvidado de las gatas  
á pesar de la estacion,  
revisa la coleccion  
para cazar las er-ratas.

# EL ANTICUARIO

Centro de Suscripciones  
Y VENTA DE

CARAS  
Y CARETAS

18 DE JULIO  
184



# Fotografía INGLESA DE FITZ PATRICK

RINCON

Nº  
176



## LA RAZON

Imprenta  
y  
Litografía  
CALLE  
CERRO Nº 57  
MONTEVIDEO.



# ESTUDIO FOTOGRAFICO DE P. CALLIGARIS

IBICOU  
228.



# Al Polo Bamba

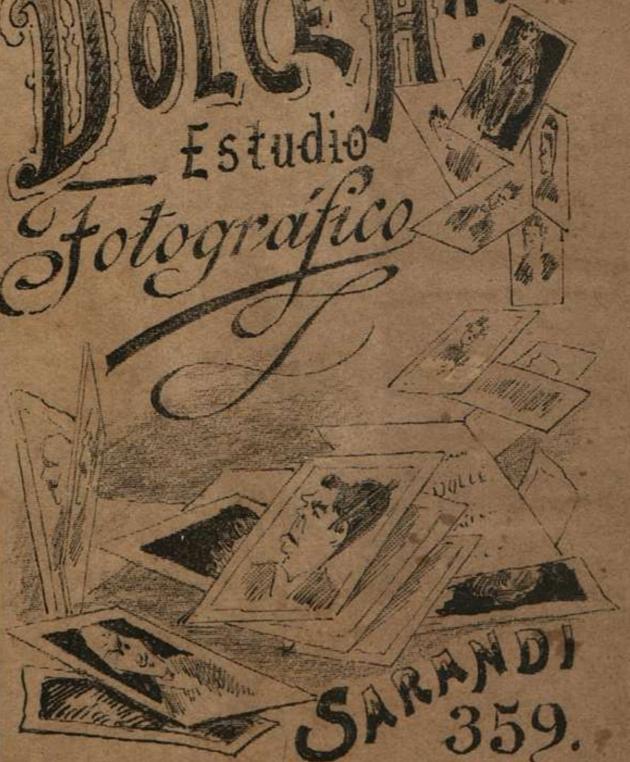
CASA ESPECIAL  
EN  
CAFÉ



Calle  
COLONIA  
2, 4, 6 y 8

# DOLCE HERNANDEZ

Estudio  
Fotografico



SARANDI  
359.







